

PRÓLOGO
(TODO VIAJE NECESITA UN)

MANIOBRAS DE APROXIMACIÓN

HEMISFERIO SUR. Océano Pacífico. Latinoamérica. Tres espacios que nunca ha pisado y de los que ahora ya sólo le separan once horas y media. Resulta extraño medir la distancia en tiempo, pero esa es la única magnitud que importa dentro de un avión.

Cuando han anunciado la duración del vuelo casi le ha dado igual. La excitación del viaje que acaba de empezar es mucho más intensa.

Repasa lo que va a hacer. Primero, siete días en Lima, entre el trabajo (conferencias y talleres) y el placer, y luego otros cinco más en Cusco, a solas y por su cuenta. Allí le esperan las ruinas de Saqsaywamán y Machu Picchu, dos lugares que desde niño siempre ha querido visitar.

No duerme. Nunca duerme en los aviones, por largo que sea el vuelo (¿una forma inconsciente de expresar su miedo?).

Hacer el viaje solo también aporta una emoción nueva. A sus 43 años es la primera vez que viaja así. Los congresos en otros países no valen, como tampoco las presentaciones

de libros fuera de su ciudad: allí siempre le espera alguien y se pasa muy poco tiempo verdaderamente a solas. Lo que también le ocurrirá en Lima. Sin embargo, el viaje a Cusco será muy diferente: casi una semana sin otra compañía que él mismo. La gente que viaja sola le produce cierta admiración. Aunque también le provoca cierta extrañeza. Comer solo, dormir solo, pasear solo, beber solo... Demasiado tiempo para pensar, para dejar que su excitable imaginación haga de las suyas. Como pronto sucederá.

Días a solas en los que tratará infantilmente de no ser tomado por un turista. Aunque enseguida acabará aceptando que eso es lo que es. Otro turista más.

Como también (casi) se acostumbrará a las muchas situaciones insólitas que irán saliendo a su paso. La inmensa Lima y su tráfico disparatado, los estupendos amigos que allí conocerá, la extraordinaria gastronomía, el insensato robo de la máquina de escribir de Vargas Llosa, los 3.399 metros de altitud de Cusco (un duro reto para su hipocondría), el incomprensible acoso de las llamas, los zombis (muchos zombis), el autobús infernal (en el que tendrá que viajar dos veces), aparte de otros delirios, algunos de su propia cosecha...

Como si fuera una primera confirmación de lo que está a punto de ocurrirle, en el hotel de Lima le espera la habitación 201, un número que desde hace años le persigue en la mayoría de lugares en los que se aloja y cuya excesiva repetición ha empezado a preocuparle (en un irracional acceso de pensamiento mágico). Aunque esta vez, cuando lo descubra, no sólo lo tomará como un buen augurio sino que, quizá por la falta de sueño y el inevitable embotamiento mental después de tantas horas de vuelo, cruzará

la puerta de la habitación como si estuviera atravesando el umbral hacia otra realidad. La dimensión desconocida.

La ficción como medida de todas las cosas. Como escala para asumir e interpretar el mundo. Nunca ha podido evitarlo. Y en este viaje tampoco lo hará.

Sigue sin poder dormir. Después de sumergirse en la lectura durante más de tres horas, se funde la bombilla de la lamparita de su asiento. La azafata le dice que no puede cambiarle de lugar (el avión va lleno), que cuando pueda tratará de arreglarlo. Pero eso nunca ocurrirá.

Sin luz para leer, decide asomarse a las películas que le ofrece la pantalla que reposa frente a su asiento.

Con el principio de la tercera, el piloto inicia la maniobra de aproximación al aeropuerto.

Lima está ya muy cerca. Y el Pacífico, oscuro y amenazante.

El otro lado del espejo.